

LA FAMOSA HAZAÑA DE AGUSTINA DE ARAGON, «LA ARTILLERA»

por FRANCISCO LANUZA CANO
Coronel de Artillería

La revolución de España en 1808 es un cuadro interesante, y los sucesos ocurridos con este motivo en la capital de Aragón merecen ser descritos con cierta particularidad, para poder observar a los seres humanos en situaciones en que sus almas se ven violentamente agitadas y, por lo tanto, puestas en movimiento todas las facultades del hombre. Pero si volvemos la mirada a los años de la invasión napoleónica, en el ámbito de lo pretérito, sin la crudeza que da a los hechos el ser presentes, encontramos una mujer, AGUSTINA ZARAGOZA, cuyo recuerdo nos hace vibrar con el vigor de la raza. Su famosa hazaña, empero, llega a nosotros deformada por la fantasía.

Para estudiarla con rigor histórico, hemos buscado datos entre los legajos que yacen encarpados en los archivos de España, país más dado a realizar hazañas que a escribirlas, porque en la forma cómo los hombres tergiversan la voluntad ordenadora del Estado, es donde se halla la expresión de la existencia; y en los archivos, donde la ley choca con la vida, es donde se encuentran las apetencias, las ambiciones, los pequeños orgullos y los profundos resentimientos vinculados a los hombres.

* * *

En una amarillenta pero tersa y bien conservada hoja de uno de los infolios de Bautismos, de la parroquia de Santa María del Mar, de Barcelona, consta que el día 6 de marzo de 1786 fué bautizada una niña a la cual se impusieron los nombres de Agustina, Raimunda y María.

Aquella niña bautizada en el templo que después de la catedral es la iglesia más grande de la ciudad condal, fué la incomparable mujer que

la Historia registra con el nombre de AGUSTINA DE ARAGON, y el pueblo zaragozano bautizó con el remoquete de LA ARTILLERA.

La fe de bautismo, copiada literalmente y traducida del catalán, dice así:

«6 marzo 1786

En dicho día, mes y año he bautizado a Agustina, Raimunda, María, hija legítima y natural de Pedro-Juan Saragossa, obrero, y de Raimunda Domenech, cónyuges. Padrinos: Juan Altarriba, armero, y Agustina Vilumara, mujer del padrino.— Ramón Alber y Juliana. Presbítero y Subvicario.»

En el año 1747, otro Pedro-Juan Saragossa, payés de Fullea, y María Labastida, del mismo pueblo y unida al anterior por legítimo matrimonio, tuvieron un hijo al que impusieron los nombres de Pedro, Juan, Francisco y Ramón. Y por la misma época del siglo XVIII, un honrado albañil llamado Onofre Domenech, que estaba casado con María Gasull, tuvo con esta una hija que se llamó Raimunda.

Al correr el tiempo, río de acontecimientos, corriente impetuosa que con paso lento nos trae el futuro, Pedro-Juan Saragossa y Raimunda Domenech, al llegar el año 1772, se unieron en matrimonio y de él nació LA ARTILLERA.

La partida de matrimonio de los padres de Agustina Zaragoza, traducida del catalán, es como sigue:

«Día 8 de agosto de 1772. Yo, Ramón Pellicer, Presbítero y Vicario de Fullea, Arzobispado de Tarragona, hechas las acostumbradas amonestaciones en la presente iglesia, habiendo examinado a los abajo nombrados contrayentes en los rudimentos de Doctrina Cristiana y haberlos aprobado, después de leerles la previa Monición y estando presente en calidad de testigos: Salvador Margoret, alcalde, y José Cantó, todos del presente pueblo de Fullea, y habiendo confesado y comulgado los contrayentes, he asistido al matrimonio que han celebrado por palabras de presente Pedro-Juan Saragossa, soltero, payés del presente pueblo, hijo legítimo y natural de otro Pedro-Juan Saragossa, difunto, y de María Saragossa y Labastida, viuda, y la honrada Raimunda Domenech Gasull, cónyuges, todos del presente pueblo de Fullea, y entendido el mutuo consentimiento, los uní en matrimonio, fueron velados y el mismo día firmaron capítulos matrimoniales en poder de Ignacio Buñol, ciudadano honrado de Barcelona y No-

tario público de la villa Montblanch, día 17 de mayo de 1772.— Ramón Pellicer, Vicario.» (1)

Fulleda, pueblecito donde nacieron los padres y los cuatro abuelos de Agustina, es un lugar de la provincia y partido judicial de Lérida, que pertenece a la diócesis de Tarragona y al Ayuntamiento de su nombre. Como en Fulleda no se habla más que catalán, en él se expresaban los antecesores de la heroína y, asimismo, en lengua catalana expresó sus primeros deseos la que andando el tiempo sería una mujer excepcional.

Siendo aún una niña, pues sólo tenía diecisiete años, se casó con un apuesto mozo que era cabo segundo del Primer Regimiento del Real Cuerpo de Artillería, de guarnición en Barcelona.

La partida de este matrimonio es la siguiente:

«En la ciudad de Barcelona, y en el día diez y seis de Abril de mil ochocientos y tres; Yo, el infraescrito, he asistido al Matrimonio celebrado por palabras de presente entre partes de Juan Roca, Cabo 2.º de la Brigada del 1.º. Regimiento del R.º. Cuerpo de Artillería, natural de Masanel de Cabrenys, del Obispado de Gerona, hijo legítimo y natural de los consortes Ferriol y Rosa Vilaseca, de parte una: Y Agustina Zaragoza, soltera, natural de esta Plaza, hija legítima y natural de los consortes Pedro y Raimunda Zaragoza, de parte otra; siendo presente por testigos Alberto Dalmau, fabricante de medias, y Jaime Motas, artillero. Ministro Dn. Manuel Jordana.»

Juan Roca Vilaseca, primer marido de Agustina Zaragoza, había nacido en el año 1779; y cuando tenía diecisiete de edad, es decir, en 1796, ingresó como artillero en el Regimiento citado. En seguida fué destacado al vecino reino de Portugal, en el cual permaneció acantonado hasta 1797. En 1801, cuando la «Guerra de las naranjas» (2), volvió a Portugal y tomó parte en las acciones de guerra que se indican en su hoja de servicios. Hecha la paz con la nación vecina, regresó a Barcelona, conoció a Agustina, se enamoró de ella y se casaron. Poco después de

(1) Las mujeres casadas en Cataluña ponían en primer lugar el apellido del marido. Por eso en este documento la abuela de Agustina no figura con su verdadero apellido.

(2) La «Guerra de las naranjas» se llamó así, porque en la sostenida contra Portugal en el año 1801, que fué muy breve, el Príncipe de la Paz, Generalísimo del ejército hispano-francés, en el primer parte que dirigió al Rey, decía: «Las tropas, que atacaron al momento de oír mi voz, luego que llegué a la vanguardia, me han regalado de los jardines de Yelves, dos ramos de naranjas, que yo presento a la Reina.»

su matrimonio ascendió a cabo primero; y el día 18 de octubre del año 1804 fué promovido a sargento segundo. En este mismo año, viviendo en la capital del Principado, Agustina tuvo el primer hijo de Juan Roca.

En la hoja de servicios de éste, cerrada en fin de diciembre del año 1816, se leen los siguientes informes:

REAL CUERPO DE ARTILLERIA - DEPARTAMENTO DE BARCELONA
PRIMER BATALLON DE TREN

DON JUAN ROCA: Subteniente de la Segunda Compañía del expresado Batallón.

Sus servicios y circunstancias: las que abajo se expresan y ha justificado con patentes, certificaciones y otros documentos.

EMPEZÓ A SERVIR			LOS EMPLEOS QUE TUVO	LOS HA SERVIDO		
Día	Mes	Año		Años	Meses	Días
18	VI	1796	De Artillero.	6	2	>
18	VIII	1802	De Cabo Segundo.	>	8	22
10	V	1803	De Cabo Primero.	1	5	8
18	X	1804	De Sargento Segundo.	5	11	13
1	X	1810	De Sargento Primero.	4	7	13
14	V	1815	De Subteniente del Primer Batallón de Tren con la antigüedad de 23 de julio de 1815.	1	7	18
			Por abono de esta última campaña con arreglo a la Real Orden de junio 1815.			
Total hasta fin de diciembre de 1816.				26	6	2

EJERCITOS Y CUERPOS DONDE HA SERVIDO

Extremadura, Cataluña, Isla de Menorca, siempre en el Real Cuerpo de Artillería.

FUNCIONES EN QUE HA JUSTIFICADO HABERSE HALLADO

En el acantonamiento de Portugal, en el año 1797; en el segundo, en el año de 1801, acción de 20 de mayo en Ronches, Sitio de Campo Mayor, Puerto Alegre y Castell de Vi; en la Batalla del Bruch, el 14 de junio de 1808; en el Exto. de operaciones del Llobregat y delante de la línea en el Campo de Esplugas, en las acciones de los días 25 y 26 de noviembre de 1808; sitio de Barcelona, siempre

a la disposición de sus Xefes, hasta la Retirada del 16 de diciembre del citado Campo de Esplugas, y la del día 21 del mismo día, mes y año, en Molins del Rey; en las acciones de Aragón, en la de María, Montorrite y Belchite, los días 15, 16 y 18 de junio de 1809; en la acción de 21 de septiembre de 1810 en el Campo de Tarragona; en esta acción se resistió valerosamente desmontando un cañón de a 8 de los Enemigos, q^e estaba situado en la Baxada del Col Blanch; sufrió todo el sitio de las Islas Medas desde el 6 de noviembre de 1811, hasta últimos de enero de 1812.

NOTA : No ha usado de Real Licencia.

Ha justificado.
 Capitán Ayudante Mayor.
 Manuel Ruvanera
 (Rubricado)

Juan Roca.
 (Rubricado)

INFORMES

CONDUCTA	Buena.
VALOR	Lo tiene.
CAPACIDAD	Tiene.
APLICACION	Idem.
TEORICA	No tiene.
PRACTICA	La tiene.
INTELIGENCIA EN LA TROPA	Idem.
DISPOSICION PERSONAL	
SALUD	Robusta.
EDAD	37 años.
CALIDAD	Honrada.
PATRIA	Masanet de Cabrenys. Principado de Cataluña.
ESTADO	Casado.
ES A PROPOSITO	Para los ascensos inmediatos.

Hallo arreglados estos informes.

El Sub-Inspr. del Tren
 Gil Saenz de Tejada.
 (Rubricado)

Pedro Seguí.
 (Rubricado)

Me conformé.
 El Subinspr.
 Joaquín Ruiz de Porras.
 (Rubricado)

En el país de la «jota» existe una copla muy popular que dice:

*De Teruel los Amantes.
De Huesca, Ramiro el Monje.
De la inmortal Zaragoza,
Agustina y el tío Jorge.*

Con ella, los baturros declaran el origen aragonés de tan brava hembra. Sin embargo, Agustina Zaragoza, Domenech, Labastida y Gassull, que estos son los apellidos que de la heroína conocemos, no fué aragonesa sino catalana por los cuatro costados. Como tal, tenía una parte de todo aquello que tienen los catalanes. Sobre todo, tenía mucho de la manera de ser de sus padres, porque «somos tanto, tanto, de lo que fué nuestra madre y a su través de lo que fué el varón que nos engendró y que compartía con ella la lucha vital» (3), que «la vida mortal de los seres humanos está, en gran parte, escrita desde mucho antes de nacer, a través del filtro secular de la herencia que destila, generación tras generación, las calidades típicas de cada una de estas» (4). Tenía, asimismo, algo del espíritu militar de su marido, porque «la convivencia íntima con otro ser humano, cualquiera que éste sea, deja en nosotros huellas que no se pueden borrar jamás, aun cuando nuestra conciencia las olvide» (5). Y, mujer al fin, también tenía una parte de cuanto la rodeaba: ninguna cosa humana le era ajena, y sin desmentir los caracteres de la gente de su origen, en Zaragoza adquirió un estilo aragonés. Pues así como hay un estilo andaluz y un estilo castellano, existe también un estilo de Aragón, enérgico, vivo, conciso y sentencioso. Los aragoneses toman muchas veces como ejemplo el refranero y en ellos domina el anhelo de ser señores de sí mismo y de no sujetarse a nadie. Y, en verdad, en Agustina Zaragoza dominaba el fuerte, indomable e independiente espíritu aragonés.

Conviene advertir que el apellido Zaragoza fué primero Saragossa, como consta en los documentos que hemos presentado. El cambio de la «s» por la «z» es relativamente moderno. En toda la documentación antigua, hasta en el nombre de la capital de Aragón, figura la «s» o la «ç».

* * *

(3) GREGORIO MARAÑÓN: *Ratz y decoro de España*.

(4) Idem, íd., íd.

(5) Idem, íd., íd.

Aunque la mentira hace un viaje en torno al globo mientras la verdad se calza las botas para salir andando, el engaño con que Napoleón pretendió dominar a España no se mantuvo mucho tiempo oculto. El *Dos de Mayo* dieron los madrileños la señal de alarma que cundió por toda la nación, y como en los días de Augusto, en Cantabria se escuchan los cantos de guerra que invitan a la resistencia; la Universidad, el Pueblo y la Iglesia, con sus párrocos a la cabeza, despliegan en Galicia la bandera de la patria que pide defensa; Castilla clama por su rey legítimo; León convoca a sus bravos montañeses; Extramadura pide a Portugal que olvide los odios anteriores y se apriete a España en estrecho abrazo para salvar la independencia de la Península Ibérica; los valencianos hacen sonar las campanas de su Miquelete para agruparse a la sombra del Rat Penat; Andalucía agrupa a sus garrochistas, y Cataluña prepara sus somatenes que se harán famosos en el Bruch. Y de la misma manera que la religión, no el ateísmo, es el antídoto de la superstición, la independencia, y no la esclavitud, lo es de la anarquía, que hubiera reinado en España si en toda ella no se hubiesen unido sus habitantes para luchar contra el invasor. Y es que la independencia tiene mil encantos que los esclavos, aunque satisfechos, jamás conocen. Los españoles, que la aman con pasión, están bien dotados para gozar de ella, por que viven con poco, que es la base indispensable para tener independencia.

Al empuñar las armas el pueblo catalán, Juan Roca, entonces sargento de Artillería, llamado por sus deberes militares, tuvo que separarse de su mujer; y ésta, viéndose sin su marido, a primeros de junio abandonó a Barcelona con dirección a Zaragoza, llevándose consigo, como era natural, al fruto de sus amores, que tenía unos cuatro años.

Por qué Agustina encaminó sus pasos a Zaragoza, es cosa que no sabemos. Hay quien dice que fué porque allí, circunstancialmente, se encontraban sus padres resolviendo una cuestión de intereses; y que éstos, alojados en casa de su otra hija, Elena, casada con el capitán Bacit, la llamaron.

En el Archivo General Militar de España, instalado en el Alcázar de Segovia, en el cual están registrados casi todos los apellidos que existen en la nación, no hemos encontrado ningún Bacit. Por ello, dudamos que tal capitán haya existido.

Aseguran otros que el motivo que la llevó a Zaragoza fué el suponer que allí había ido a parar su marido, del cual no tenía noticias.

Si sus padres no estaban en Barcelona y ella creía que su marido

estaba en la capital de Aragón, lógico es que a tal ciudad fuese huyendo de la soledad en que se hallaba.

Cualquiera que fuese la causa que originó el viaje, lo cierto es —ella lo dice, como ya veremos— que cuando empezaba junio, emprendió la marcha hacia la capital donde se haría famosa. Por el camino se encontró en «la primera escaramuza que padecieron los franceses desde Esparraguera al Bruch», y llegó a Zaragoza cuando la ciudad empezaba a ser atacada por el enemigo.

La efervescencia crecía por momentos en la capital. Todo había entrado en agitación y ya no había lugar para la cordura. Y puesto que las noticias que se recibían de otras provincias anunciaban un levantamiento general, Palafox comunicó a las personas que empezaron a prestarle sus luces, que hablaran claro. Así, don Basilio Bogiero, padre escolapio que había sido preceptor de los hijos del Marqués de Lazan, a quien se cree autor de las proclamas que lanzaba el Capitán General, inflamó el ánimo de los aragoneses suscitando especies que sólo podían conducir a la efervescencia y aumento del odio contra los usurpadores y tiranos.

Como el levantamiento en las provincias crecía, aun cuando los enemigos ocupaban las plazas fronterizas y habían decretado rigurosas penas para los militares que se fugasen, diariamente se presentaban en Zaragoza oficiales de todas las graduaciones y algunos soldados. Así, el 26 de mayo, la Compañía de Fusileros constaba ya de 50 Oficiales, 11 Sargentos, 21 Cabos y 168 Soldados. Y la de las partidas de reclutas, aunque diseminada por la provincia, contaba con 5 Capitanes, 23 Subalternos, 41 Sargentos, 3 Tambores, 70 Cabos, 383 Soldados y 157 Reclutas. Además, de diferentes Cuerpos, el día 28 de mayo habían llegado a la capital 5 Capitanes, 9 Tenientes y 5 Subtenientes. Con esta débil base, se comenzó a organizar los Tercios de voluntarios; y pocos días antes de ser atacada la ciudad por el General Leffevre, es decir, a primeros de junio, las fuerzas que había en Zaragoza eran las que figuran en el cuadro que se inserta a continuación:



Agustina de Zaragoza. Dibujo tomado del natural, por Galbez.
(Colección Iconográfica de la Biblioteca Nacional. Madrid).



El General don José de Rebolledo Palafox y Melci. Grabado de Esteve.

(Sala de Estampas de la Biblioteca Nacional).

	C u e r p o s	Tropa	Caballos
De Cuerpos vetera- nos o del Ejér- cito	Voluntarios de Aragón que se hallaban de bandera, de los dos Batallones ...	300	
	Idem que estaban de partida, de varios Cuerpos	456	
	Reclutas de los Cuerpos de Voluntarios de Aragón	157	
	Dragones del Rey	300	90
	Artilleros y Zapadores	250	
Del nuevo alista- miento	Cinco Tercios de paisanos reglamenta- rios, a mil hombres cada uno	5.000	
	Dos Tercios de Fusileros de a mil hom- bres cada uno	2.000	
	Compañías de D. José Obispo	400	
	<i>Total</i>	8.863	90

Haciendo recobrar al reino su antigua personalidad, Palafox reunió en Zaragoza, en asamblea deliberativa, los cuatro brazos que constituían las Cortes de Aragón, que convocó para el día 9 de junio.

Por aclamación, la Asamblea reconoció a Palafox como Capitán General y Gobernador Militar y Político del Reino y aprobó cuantas disposiciones había tomado, mostrándole el agradecimiento que el país le debía.

Antes de terminar aquella primera sesión de las Cortes, con el mayor entusiasmo se designó el día 14 para que, sin más aviso, se celebrase nueva sesión a las diez de su mañana. Pero la primera reunión fué también la última porque el enemigo no dió lugar a celebrar más, quedando sin efecto los nombramientos para la Junta Suprema de Gobierno, e ineficaces los demás acuerdos. Mas el ánimo de Palafox no decayó por eso, y de momento asumió todo el poder y autoridad, aunque después creó Juntas de carácter consultivo.

Según datos del General Foy, el ejército que Napoleón Bonaparte

había introducido en la Península en el mes de mayo de 1809, era como sigue:

	Batallo- nes	Escua- drones	Baterías	Hombres	Caballos
Al mando del General Junot ...	25	11	11 1/2	24.978	1.771
Al de Dupont	18	11	3 1/4	24.428	4.050
Al de Moncey... .. .	27		2	29.341	3.860
Al de Bessieres	51	10	5	19.036	1.881
Al de Duhesme	10	8	2	12.724	2.033
Guardia Imperial				6.412	3.300
<i>T o t a l</i>				116.919	16.895

Del ejército que sostenía la comunicación de Bayona con Madrid, salió para Aragón el que había de ocupar Zaragoza.

La topografía indicaba claramente el punto de ataque: El Ebro atraviesa de Noroeste a Sureste el Reino de Aragón. Lo más elevado de los Pirineos termina al Norte, y se van degradando y vertiendo sus aguas con mucha rapidez y en corta extensión hasta el expresado río; por lo cual, éste baña el pie de los montes sin que entre ellos ni sus aguas queden valles espaciosos hasta llegar a Juslibol, lugar que está al Noroeste y a media legua de Zaragoza. Al Oeste de Aragón están las sierras que lo separan de Castilla, y vierten sus aguas en el Ebro, a cuyas márgenes quedan valles y llanuras que se extienden desde Tudela, en donde tienen dos leguas de extensión, hasta Zaragoza. La división francesa destinada a operar contra Aragón, mandada por Leffevre, era de unos 5.000 hombres entre Infantería y Caballería, siendo esta última, proporcionalmente, más numerosa que la primera. Esta circunstancia ponía de manifiesto el talento y previsión del jefe superior que había detallado las tropas que iban a embestir a una plaza que no estaba fortificada, porque la Caballería es de gran utilidad contra una ciudad abierta para envolver las cercanías, dificultar las entradas de comestibles y las salidas aisladas, y para entorpecer convoyes. También llevaba la división alguna Artillería. Este ejército, cuyo objetivo era entrar pronto en la capital, y al que sólo podía oponérsele una Infantería formada ocho días antes, no podía dudar en escoger para teatro de la guerra la margen derecha del Ebro. Esta línea de operaciones era la

más corta para llegar a Zaragoza; les proporcionaba caminos cómodos, un canal navegable, abundancia de víveres, llevar cubierto el flanco izquierdo y, sobre todo, unas llanuras en las que su ejército, por la clase de tropas que lo formaban, adquiriría sobre el nuestro una superioridad conocida.

Como los vecinos de Tudela habían cortado el puente sobre el Ebro, los franceses cruzaron el río en barcas, y el día 12 en Mallén, y el 13 en Gallur, batieron a Lazan que intentó cerrarles el paso.

Victorioso el enemigo, avanzó hasta Alagón, en donde encontró al Capitán General de Aragón, que le opuso tenaz resistencia con dos piezas de artillería, 80 dragones del Rey, algunos oficiales y soldados sueltos, y hasta 5.000 paisanos. Pero esta gente, mal disciplinada, no pudo resistir el empuje de los veteranos de Napoleón, y Palafox tuvo que retirarse.

Engreído Lebfèvre por sus fáciles triunfos sobre los hermanos Palafox, el día 14 de aquel junio se acercó a la capital aragonesa en la confianza de no encontrar resistencia seria que le impidiese la entrada en la ciudad, porque «los pueblos en que hay exceso de frailes son fáciles de dominar» —le había oído decir a su Emperador— y porque sabía que Zaragoza no estaba bien artillada. «Los españoles no saben lo que son las tropas francesas; a los prusianos sucedía lo mismo y han pagado muy cara su ignorancia» —decía Lebfèvre—. Pero el desprecio con que los generales galos miraban el poder militar de España, y el concepto desfavorable que tenían de nuestra nación, tuvieron que lamentarlo muy amargamente, pues si en verdad era muy escasa la artillería con que al principio contaba Zaragoza, ignoraba Lebfèvre que los zaragozanos serían para su ejército, lo que Sagunto para los cartagineses y Numancia para los romanos.

A pesar de las derrotas de Tudela, Mallén y Alagón, Palafox rechazó de plano las proposiciones de rendición que le hizo el General francés. Y encargando del mando de la plaza al Teniente de Rey (6), don Vicente Bustamante, con las escasas tropas de que disponía, algunos paisanos y el Capitán de Artillería don Ignacio López, partió para Longares y puerto del Frasno, camino de Calatayud.

* * *

(6) Teniente de Rey: antiguo empleo jerárquico en el Cuerpo de Estado Mayor de Plazas, según la Ordenanza de 1768 (art. 1, tit. 3.º, trat. 6.º). El Teniente de Rey era el segundo jefe de la plaza. (Almirante: *Diccionario Militar*.)

A las nueve de la mañana del día 15, ante la desamparada Perla del Ebro se presentó la división de Lebfevre. Con esta sorpresa, confusos los zaragozanos al ver tan de cerca a las tropas francesas, se reunieron las autoridades para decidir qué partido se había de tomar. Pero cuando la Junta que se nombró comenzaba a actuar, tuvo que suspender la reunión porque un grupo de paisanos, armados con trabucos, se presentó de improviso en el salón donde se celebraba la sesión e hizo salir a todos diciéndoles: «Esta es ocasión para obrar, no para hablar». Y cuando vieron disuelta la Junta, ocuparon los balcones de la sala para hacer fuego al enemigo desde ellos, pues sin duda creían que no tardaría en presentarse.

Mientras esto sucedía, otros patriotas salían a cortar el paso a la avanzada que había destacado Lebfevre.

Los franceses rechazaron con facilidad a los paisanos. Pero como un pelotón de jinetes imperiales penetrara en la ciudad persiguiendo a algunos baturros, todos los de aquel barrio, sin distinción de sexos ni edades, se lanzaron contra ellos, y, dirigidos por el Coronel Torres, junto a la iglesia de Nuestra Señora del Portillo, Virgen a la que todos se encomendaban, les aniquilaron.

Cuando enterraron a los jinetes galos que tan alegremente entraron en la ciudad, todos los habitantes de Zaragoza se aprestaron a la defensa; y las campanas de las iglesias, con su toque de rebato, reunieron a hombres y mujeres, que acudieron a los puntos por donde calculaban que el enemigo intentaría penetrar.

* * *

Antes de hablar de los primeros encuentros con los franceses en la capital, creemos conveniente dar una idea de las inmediaciones y parte de la ciudad, siguiendo al cronista de Zaragoza, Alcaide de Ibieca (7), en cuanto dice sobre este extremo.

Casablanca distaba media hora de la población y desde ella partían dos caminos: real y anchuroso el uno, y más hondo y resguardado el otro, que quedaba a la derecha. Ambos caminos, a unos trescientos pasos de la Puerta del Carmen, situada al Mediodía, se reunían en uno solo y en el punto de su confluencia estaba el convento de los Capu-

(7) AGUSTÍN ALCAIDE DE IBIECA: *Historia de los dos sitios que pusieron a Zaragoza en los años 1808 y 1809 las tropas de Napoleón*. Madrid, 1830.

chinos. El resguardo por ambos lados del segundo camino se debía a unos espesos y dilatados olivares. A la derecha y a la izquierda de la puerta citada, ya fuera de la ciudad, existía un paseo que, por la diestra, era recto hasta el puente sobre el río Huerva; por la siniestra, caminando hacia Poniente, estaba el convento de Trinitarios, primero, y después la Puerta del Portillo y el Castillo de la Aljafería; quedando frente a la primera el convento de los Agustinos descalzos. Todos ellos eran crecidos edificios.

La línea de la Puerta del Carmen, a los dos lados de ella, tenía el muro formado por unas tapias bajas del convento de Carmelitas y de las religiosas de la Encarnación, que eran los primeros edificios que había entrando por aquel punto de la ciudad. Después estaba la finca llamada Torre del Pino, que formando un ángulo abrazaba dichas tapias y otras que llegaban hasta la Puerta de Santa Eñgracia. Todo muy endeble.

El castillo llamado de la Aljafería es un edificio cuadrado, hermoso y de buena estructura, que tenía un buen foso, cuya latitud por la parte del camino era de cuarenta varas, y su altura de once; y por el lado del río Ebro tenía treinta y dos y seis y media, respectivamente. Sobre el lado más inmediato a la ciudad, existía un muro guarnecido de aspilleras y de rebellines en los ángulos. En el interior, el castillo ofrecía hermosas habitaciones y excelentes sitios para almacenes.

Al fin de la línea estaba el convento de los Agustinos. Y el camino, desde la puerta, pasado el castillo, se dividía en dos: uno que iba en derechura a Alagón, y el otro a la Muela. A la derecha de la Puerta del Portillo, formando la línea del circuito de la ciudad, la iglesia de este nombre. Seguía el cuartel de Caballería y luego el edificio de la Misericordia. A la izquierda estaban las tapias de las huertas de los conventos de religiosas de Santa Lucía, Santa Inés y Fecetas, que enlazaban con la Puerta de Sancho, frente al Ebro, por donde estaba el camino llamado de San Lamberto, que iba a unirse al mencionado de Alagón y era más profundo.

La situación de Zaragoza era muy mala, porque el enemigo, dueño de la llanura, podía llevar sus columnas por todas partes. En la ciudad, por calles y plazas, no se veía más que gente armada. Entre los paisanos, acalorados, cada uno se creía un general dueño de decidir en todo. Así, a cuantos conceptuaban traidores, los metían en la cárcel. Esta fué la suerte que le cupo al benemérito Coronel de Ingenieros don Antonio Sangenis, porque muy de mañana le vieron estudiar aten-

tamente las tapias y el terreno que circundaba a la ciudad. Tal arbitrariedad privó a la capital, en momentos decisivos para su defensa, de unas luces y talentos que eran insustituibles.

En tal situación, el enemigo decidió atacar a Zaragoza por tres sitios distintos: las Puertas del Portillo, del Carmen y de Santa Engracia. La columna que atacó por el Portillo fué acribillada por un certero fuego de flanco hábilmente dirigido por el Capitán retirado don Mariano Cerezo, que ocupaba el Castillo de la Aljafería. La de la Puerta del Carmen corrió la misma suerte, porque desde los árboles, las tapias y todos los edificios se le hizo un fuego tan eficaz, que diezmó la columna. Los que atacaron por Santa Engracia no fueron más afortunados, pues aunque una patrulla de Caballería llegó a penetrar en la ciudad, todos los que la integraban, tras un cruento combate, perecieron. Tres veces intentaron entrar por esta parte, pero el arrojo y valor de aquellos altivos y nobles aragoneses lo impidieron otras tantas.

Mientras esto ocurría, en las Eras del Rey o Campo del Sepulcro, nombres con que se conocían los terrenos que se extendían delante de las tapias que unían a los Agustinos descalzos con los Trinitarios, también se combatía con encarnizamiento; y Leffevre, lleno de asombro y bramando de ira, no comprendía cómo unos guerreros improvisados deshacían a sus curtidos veteranos, que tuvieron que retirarse al amparo de la noche y dejando en el campo de batalla 500 cadáveres, seis cañones y otras tantas banderas.

Lo más notable de esta acción, que se llamó de las Eras, fué que se obtuvo la victoria sin que hubiera un jefe o caudillo que guiase y aunase los esfuerzos de todos los defensores. Guiados por el instinto y estimulados por el peligro, los aragoneses obedecían por el momento a algunos militares que ejercían ascendiente sobre los más próximos a ellos. Así, aquel pueblo honrado, que poseía las grandes virtudes y el honor que conduce a la victoria, se immortalizó en Zaragoza el 15 de junio de 1808.

De este combate tan milagrosamente ganado, los zaragozanos sacaron la consecuencia de que necesitaban un caudillo por sí, como era de suponer, el enemigo repetía el ataque con más fuerza. Y como ignoraban el paradero de Palafox, los diputados y alcaldes se dirigieron al Intendente Corregidor para pedirle, en nombre de todos, que fuera su jefe.

Se culpó al Capitán General de abandonar a Zaragoza en la mañana de aquel 15 de junio; y su hermano el Marqués de Lazán, tratando de justificar aquella salida, dijo: «El General, hallándose sin tropas, no pudo

jamás esperar en la defensa de una ciudad abierta, cuyas fortificaciones eran ningunas, y sus defensores inexpertos en el arte de la guerra..., de manera que nada, nada, podía lisonjear el buen éxito; por lo que el Capitán General, considerando que si permanecía en la ciudad se exponía a perderlo todo, y que siendo jefe del Reino de Aragón podría hacérsele algún cargo sobre esto, determinó trasladar el Cuartel General y Estado Mayor a la villa de Belchite con ánimo de reunir allí a la tropa dispersa y volver a formar el pie de ejército de Aragón» (8).

Para dirigir los trabajos de fortificación se sacó de la cárcel al ingeniero Sanguenís, a quien equivocadamente habían atropellado los paisanos; y los hermanos Tabuenca, arquitectos de la ciudad, le ayudaron en aquella empresa.

* * *

El día 18 de junio se dió principio a las obras de defensa, y de momento se hicieron las siguientes:

Delante de la Puerta del Portillo se construyó un reducto cuadrado, abierto por la gola, de treinta varas de largo. El parapeto de ésta, como el de las demás obras, tenía nueve pies de espesor, y el foso doce de anchura. Adoptáronse estas dimensiones por la calidad del terreno, premura del tiempo y calibre de la artillería que se conceptuó emplearían los sitiadores contra las tapias de la ciudad.

En el Castillo de la Aljafería, además de arreglar los parapetos, se construyó una batería de dos piezas y se apuntalaron los pisos de dos torres que habían destruído las baterías francesas.

En la Puerta del Carmen se construyó una batería para cuatro piezas. Se arrasó un olivar que quitaba vistas y se abrieron aspilleras en las tapias. Por delante se hicieron dos cortaduras con parapetos y fosos, y por detrás, un parapeto con foso hasta la Torre del Pino.

En la Puerta de Santa Engracia se construyó otra batería para cinco piezas. Se cerraron las calles con cortaduras. Se aspilleraron las tapias y los edificios en toda la línea desde la huerta de Santa Engracia hasta el Molino de Aceite, en donde sobre el muro antiguo se instalaron una batería alta y otra baja. Desde este lugar hasta la Puerta del

(8) MARQUÉS DE LAZÁN: *Manuscrito sobre la primera campaña del verano de 1808.*

Sol se aspilló toda la línea. A la derecha de la Puerta se construyó una batería para dos piezas y a la izquierda un reducto para cinco cañones.

En los torreones del antiguo muro y en el convento de monjas del Sepulcro se hicieron las obras necesarias para poner artillería.

En la Puerta de Sancho, en el Arrabal y en otros puntos se levantaron parapetos, se construyeron baterías y se hicieron cortaduras para cerrar algunas calles, mientras otras se protegieron con sacos terreros.

Aunque Lebfevre no pensaba repetir el ataque a la ciudad hasta recibir artillería de sitio, de Pamplona, intimó a los defensores a que se rindieran si no querían ser pasados a cuchillo. Mas la respuesta a esta amenaza fué la que cabía esperar de un pueblo de valientes que no tiene miedo a la muerte; porque si la muerte siempre es espantosa con cualquier traje que se vista, una muerte con honra es preferible a una vida vergonzosa. Pero si Lebfevre no atacó a la plaza, sorprendió, en cambio, a Palafox, a quien se le habían unido el Barón de Wersages, en Calatayud, y su hermano el Marqués de Lazán, en Almunia, con los cuales marchaba en busca del enemigo para librar a Zaragoza de la amenaza que sobre ella pesaba. La sorpresa fué en Epila. Allí, ganándole la mano, el enemigo le salió al encuentro y el 23 de junio le derrotó. Palafox tuvo muchísimas bajas, y este desastre le convenció que no era en campo abierto en donde había que combatir a los franceses, retirándose a Zaragoza pensando que en la ciudad sería más provechosa su ayuda.

Por qué el Marqués de Lazán no estaba tampoco en Zaragoza el día del combate de las Eras lo explicó el mismo, diciendo que «cuando comenzaban los franceses a atacar a las puertas de la capital, recorría varios puntos; y que viendo que llegaba una columna enemiga por la parte del río Huerva, y otra por el opuesto, trató de convencer a los paisanos del Arrabal para que se fuesen con él en auxilio de los que se defendían al otro extremo. Pero que no pudiendo conseguirlo por el pánico que tenían, con unos pocos marchó a la Puerta del Sol. Allí se le incorporó un pelotón de paisanos y se fué en seguida al puente de San José, porque le dijeron que atacaban los franceses. Pero como a poco llegó la noticia de que el enemigo había entrado en la ciudad y apenas se sentía fuego, lo creyó todo perdido y la ciudad tomada, por lo cual decidió retirarse. Pasó el río por el vado, y por una senda muy oculta, a la misma orilla del Ebro, con el Coronel Obispo y algunos

otros Oficiales, se dirigió al Burgo; de allí a Mediana, en donde hizo noche, y al otro día se fué en busca de su hermano» (9)

Don Lorenzo Calvo de Rozas, el jefe elegido cuando Palafox salió de Zaragoza y sin caudillo se triunfó en las Eras, de aspecto tranquilo, casi frío, era el hombre sereno que las circunstancias requerían. Por eso, a las pocas horas de haber aceptado el honor que le habían hecho, sin hacer excepción ni de los religiosos, todos tenían ocupación perfectamente señalada. Pero alarmado por la noticia de que los franceses iban a bombardear la ciudad, al día siguiente de la derrota de Epila mandó llamar al Marqués de Lazán, quien al llegar a Zaragoza tuvo una reunión con las autoridades, en la cual se acordó, por unanimidad, resistir hasta el último extremo. Y para dar mayor solemnidad a tal resolución y sellar con un compromiso el acuerdo, dispusieron para el día siguiente un juramento cívico en la Puerta del Carmen.

Cuando al otro día, 26 de junio, se reunió el pueblo con sus autoridades en la famosa Puerta, hoy monumento nacional, ante la bandera de la Virgen del Pilar, una voz potente preguntó:

—¿Juráis, valientes y leales soldados de Aragón, defender vuestra santa religión, vuestro rey y vuestra patria, sin consentir jamás el yugo del infame gobierno francés, ni abandonar a vuestros jefes, ni a esta bandera protegida por la Virgen del Pilar, nuestra Patrona?

—Sí, juramos —respondió el pueblo entero.

Con este juramento, la moral de todos alcanzó límites insospechados. Y cuando llegó Verdier con refuerzos para atacar a la ciudad y pidió entrada en ella bajo amenaza terrible si no le abrían las puertas, el Marqués de Lazán, en nombre de su hermano, rechazó la proposición con dignidad y como si fuesen fuertes, cuando en realidad aquella Plaza sólo tenía de fuerte la firme decisión de los aragoneses de defender, en una GUERRA DE CASAS, todos los edificios de Zaragoza.

El 27 de junio, Verdier, que fué quien tomó la dirección del ataque, acometió contra los puestos exteriores de la ciudad, y lo hizo con tal ímpetu, que poco faltó para que cayeran en sus manos. Pero si no se apoderó de ellos, no por eso la heroica Zaragoza se vió libre de dolor, por un fatal accidente. Habíase observado que ponían mucho empeño en apoderarse de Monte Torrero, y como en él estaba el almacén de pólvora, apresuráronse los defensores a trasladar ésta al interior de la

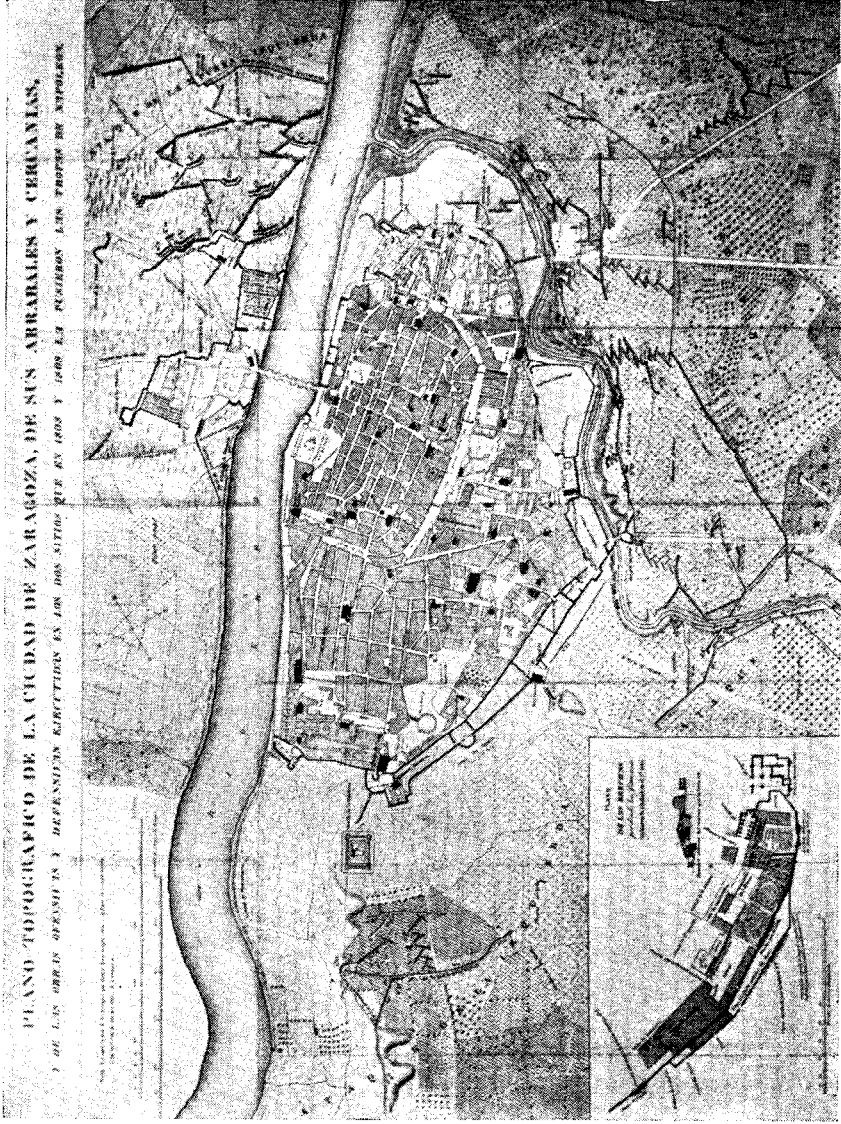
(9) MARQUÉS DE LAZÁN: *Manuscrito sobre la primera campaña del verano de 1808.*

ciudad. Operación peligrosa en manos inexpertas, que probablemente fué la causa que originó el desastre. Alrededor de las tres de la tarde se oyó una detonación tremenda, que hizo estremecer a la ciudad entera, y a la cual siguió una densa lluvia de polvo, piedras, trozos de vigas y diversos materiales. Aterrados los habitantes, huyeron al principio despavoridos, hasta que corrió la voz de lo sucedido: el edificio del Seminario Conciliar, escogido por su solidez para nuevo almacén de pólvora, había volado. Hasta catorce casas contiguas se desmoronaron repentinamente, y a gran distancia se encontraron miembros, completamente deshechos, de los desgraciados que se hallaban en el lugar de la catástrofe. Ante el desconcierto que produjo la hecatombe, muchos hablaron de traición, otros lo achacaron a impericia o a descuido, y lo cierto sólo Dios lo supo. Militares, paisanos y eclesiásticos entraban y salían en el almacén; y como la mayoría no era gente diestra habituada al manejo de la pólvora, no es aventurado atribuir el desastre a falta de precaución. Volaron 200 quintales de pólvora que estaba en barriles, y con tan crecida cantidad el efecto destructor tenía que ser desolador. Seres que todavía conservaban un resto de vida, gemían por el dolor. Algunos, cubiertos de tierra, casi enterrados, pugnaban por salir de los escombros. Otros, en lo alto de casas que no se habían acabado de derruir, presas por el terror, clamaban pidiendo auxilio. Escombros humeantes, hierros retorcidos y voces desoladoras daban al conjunto la más tétrica impresión. Aunque todos los que acudían en auxilio trabajaban con ahinco y gran abnegación, tenían que ser relevados muy pronto porque la atmósfera era irrespirable.

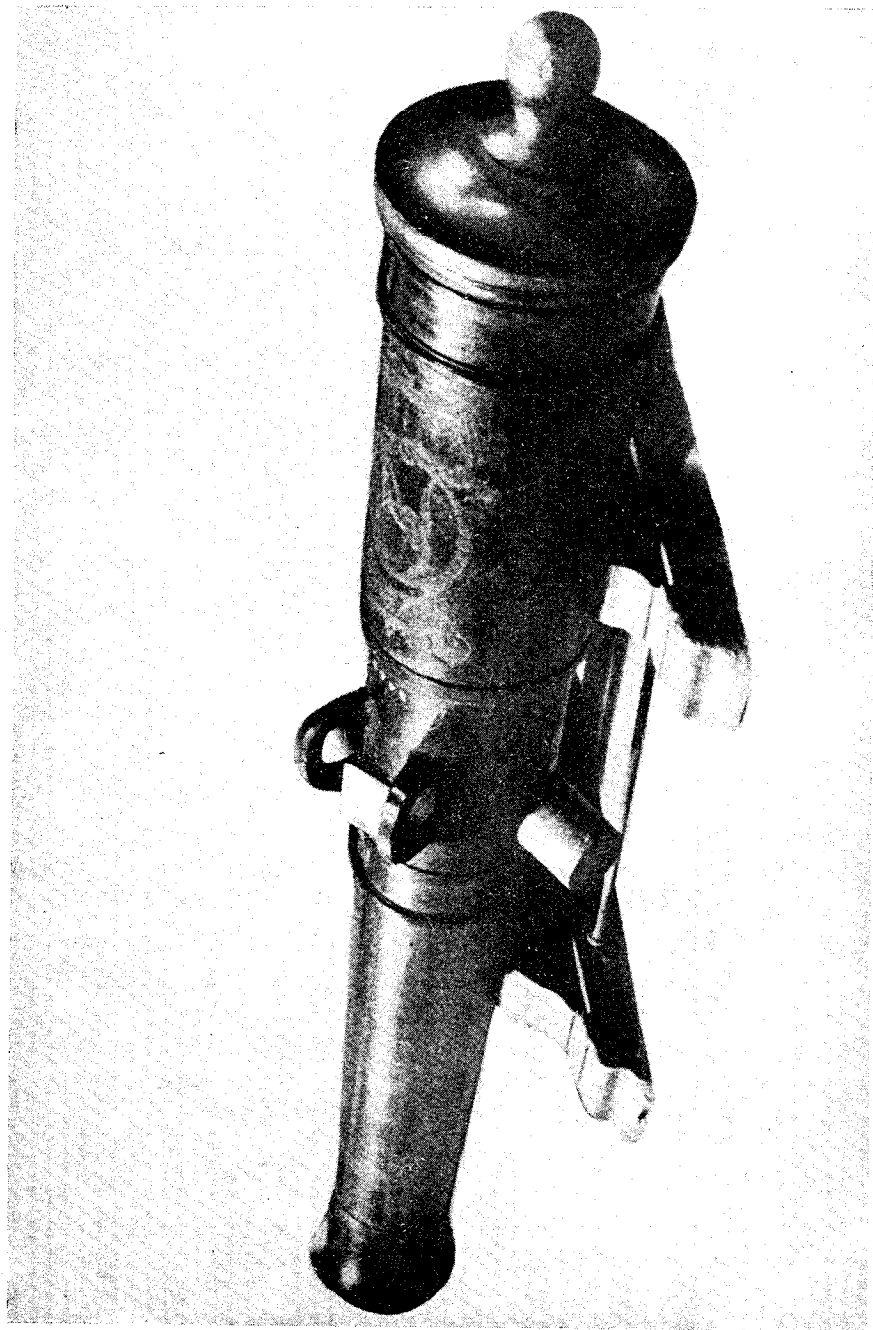
Al día siguiente los franceses ocuparon Monte Torrero, y con las baterías que allí montaron y las que ya tenían en la Bernardona y el Conejar, se dispusieron para un bombardeo en gran escala.

Afortunadamente, además de los que iban llegando a Zaragoza huyendo de las plazas ocupadas por los franceses, lo hizo, procedente de Tarragona, una batería de seis cañones de a 4. En total, se reunieron 67 piezas, que se repartieron por toda la ciudad.

Cuando comenzaba el mes de junio, al sonar en el reloj de la inclinada Torre Nueva la primera campanada de su primer día, comenzó un bombardeo tan intenso, que aunque exaltaba con viril entusiasmo los corazones de los baturros, convertía en ruinas las edificaciones; pues si los primeros disparos fueron a parar a la ribera del Ebro, no tardaron en hacer blanco en los pisos de muchas casas. En un principio muchas familias se instalaron en las cuevas; pero después todos acabaron por



Piano de Zaragoza, que figura en el Suplemento a la *Historia de los dos sitios que pasaron a Zaragoza en los años 1808 y 1809 las tropas de Napoleón*, por el cronista don Agustín Alcaide Ibañeta; Madrid, 1831.



Cañón de 24, fabricado en Sevilla en 1785, de 152 milímetros de libre y una longitud de anima de 3,12 metros. Igual al que disparó Agustina de Zaragoza en la puerta del Portillo.

(Museo del Ejército. Madrid).

contemplar el bombardeo con estoicismo admirable. Sin embargo, la cantidad de proyectiles que caían en Zaragoza era tan grande, que hubo necesidad de improvisar refugios y poner un vigía en la Torre Nueva, inclinada como si pretendiese mirar quién entraba en sus entrañas.

El primero que prestó servicio de vigía fué don José Mor de Fuentes, personaje algo extraño, nacido en Monzón (Huesca), que era «una de las personalidades, en nuestras letras, más representativas del fuerte, indomable e independiente espíritu aragonés» (10). Por no quererse decorar con «las irracionalidades de la rancia filosofía peripatética» —es una expresión de Mor de Fuentes—, había abandonado la Universidad de Zaragoza y se había hecho ingeniero, entrando después en la Marina. En Madrid era «bienquisto entre las gentes, con millares de relaciones en todas las clases sociales, disfrutando a su albedrío la tertulia y la mesa de las clases más principales» (11). Había publicado sátiras contra Godoy y contra Napoleón, y después de ser en Madrid testigo de su heroico DOS DE MAYO, tras no pocas dificultades había llegado a Zaragoza.

Provisto de unos anteojos que habían sido del General Azlor, padre de la Condesa de Bureta, y que le proporcionó esta ilustre y heroica dama, el vate aragonés escudriñaba el campo enemigo, y cada vez que veía el fagonazo producido por el disparo de una pieza enemiga, avisaba con un toque de campana, si la pieza era de las que había en Torrero, o con dos campanadas muy seguidas cuando era de las situadas a la espalda del Castillo de la Aljafería. La labor encomendada a este hombre no fué muy cómoda, porque el primer día de bombardeo a la capital de Aragón se calcula que cayeron sobre la ciudad más de 1.200 granadas y 200 bombas (12).

Con la aurora del día 2 de julio los cañones enemigos reanudaron su actividad, al mismo tiempo que cinco columnas francesas emprendían la marcha hacia Puerta Quemada, Convento de San José y Puertas del Portillo, del Carmen y de Santa Engracia, respectivamente.

Los imperiales llegaron al Convento de San José, pero fueron re-

(10) AZORÍN: *Lecturas españolas*.

(11) J. MOR DE FUENTES: *Bosquejillo de su vida*.

(12) Entre granada y bomba no había más diferencia que el diámetro; o que aquélla se tiraba con obús y ésta con mortero. La granada era un proyectil hueco semejante a la bomba, pero sin asas ni collarín; esfera de hierro fundido, con orificio en forma de trompetilla, por el cual se introducía la carga. (Almirante. *Diccionario Militar*.)

chazados con muchísimas bajas. Desde las casas próximas a Puerta Quemada se les hizo un fuego certero tan intenso, que también tuvieron que retirarse, dejando el suelo cubierto de cadáveres. Pero el enemigo era fuerte y numeroso, y aunque el ardor bélico enardecía a los baturos, su bravura no era bastante para detener a los gabachos, como ellos llamaban a los franceses, que eran buenos soldados. En la batería que defendía el Portillo de San Agustín se sufrió el efecto del fuego enemigo intensamente. Aun cuando en aquella época el proyectil salía de la boca de la pieza poco guiado, y para alcances algo elevados no se podía contar con gran precisión en el tiro, el material de que disponía Verdier era tan abundante y se hacían tantos disparos, que las bombas francesas hacían explosión dentro de la batería del Portillo, produciendo estragos enormes en piezas y sirvientes. Santa Engracia parecía un infierno. Las bombas y granadas del enemigo llovían como gotas de agua. Parte del convento se derrumbó, y las casas de aquella zona temblaban amenazadoramente, desmoronándose por los incendios. Por la Puerta del Carmen el tiroteo era horroroso: fuego desde los árboles, fuego desde las ventanas, fuero arriba, fuego abajo. Los enemigos caían como moscas, y aunque los zaragozanos también pagaban su tributo a la muerte, no desfallecían. ¡Qué abnegación ¡Cuánto heroísmo! Las mujeres corrían por todas partes y se multiplicaban para socorrer a los heridos, a los cuales les conducían al Pilar o a la Seo. Las madres alentaban a sus hijos y las esposas ayudaban a sus maridos. No hay expresiones adecuadas para describir la serenidad y el espíritu de aquella gente.

Agustina Zaragoza, «queriendo alternar con sus mayores defensores, los Artilleros, los anima y exorta a la firmeza; y empieza a hacer este oficio sirviendo tacos y otras provisiones». Aquel día 2 del heroico mes de julio, «al estrepitoso ruido, adelanta sus pasos hacia la batería de la Puerta del Portillo atacada con la mayor furia, pónese entre los Artilleros, los socorre, los ayuda y dice: «¡Animo, Artilleros, que aquí hay mujeres cuando no podáis más!»

«No había pasado mucho rato, cuando cae de un balazo en el pecho el Cabo que mandaba a falta de otro jefe, al cual se le retiró por muerto; y caen también, de una granada y abrasados por los cartuchos que voló, casi todos los Artilleros, quedando por esta desgracia inutilizada la batería y expuesta a ser asaltada: con efecto, ya se acercaba una columna enemiga, cuando tomando el exponente [Agustina] un

botafuego (13), pasa por entre los muertos y heridos, descarga un cañón de a 24 con bala y metralla aprovechada de tal suerte, que levantándose los pocos Artilleros [que quedaban] de la sorpresa en que yacían a vista de tan repentino azar, sostiene con ellos fuego hasta que llega un refuerzo de otra batería, y obligan al enemigo a una vergonzosa y precipitada retirada. En ese día de gloria, mediante el parte del Comandante de la batería, el Coronel que era de Granaderos de Palafox, la condecora el General con el título de ARTILLERA y sueldo de seis reales diarios.»

* * *

El comportamiento heroico de Agustina Zaragoza se desarrolló como acabamos de decir, porque el relato de tan gloriosa hazaña está hecho con SUS MISMAS PALABRAS, tomadas del documento siguiente, dirigido por ella al Rey:

Señor:

Agustina Zaragoza, por otro nombre la Artillera de Zaragoza, se presenta a V. M. y con su mayor respeto expone:

Que a primeros de Junio de 1808 salió de Barcelona con dirección a la capital de Aragón, habiéndose encontrado de paso en la primera escaramuza que padecieron los Franceses desde Esparraguera al Bruch, de donde se retiraron a Barcelona, y pudo la Exponente continuar quando empieza a ser atacada por los Franceses, y queriendo alternar con sus mayores defensores los Artilleros, los anima y exorta a la firmeza; y empieza a hacer este oficio sirviendo tacos y otras provisiones. Los días primero y segundo de Julio empiezan los enemigos el bombardeo contra la Ciudad, y a su estrepitoso ruido adelanta sus pasos acia la batería de la puerta del Portillo, atacada con la mayor furia, pónese entre los Artilleros, los socorre, los ayuda y dice: ánimo Artilleros, que aquí hay mujeres cuando no podáis más. No había pasado mucho rato quando cae de un balazo en el pecho el Cabo que mandaba a falta de otro Xefe, el cual se retiró por muerto; y caen también de una granada, y abrasados de los cartuchos que voló

(13) Botafuego se llamaba al palo en que por un lado se colocaba la mecha para dar fuego a la pieza de artillería, y por el otro llevaba un regatón de hierro para hincarlo en el suelo.

casi todos Artilleros, quedando por esta desgracia inutilizada la batería y expuesta a ser asaltada: con efecto, ya se acercaba una columna enemiga quando tomando la Exponente un botafuego pasa por entre muertos y heridos, descarga un cañón de a 24 con bala y metralla, aprovechada de tal suerte, que levantándose los pocos Artilleros de la sorpresa en que yacían a vista de tan repentino azar, sostiene con ellos el fuego hasta que llega un refuerzo de otra batería, y obligan al enemigo a una vergonzosa y precipitada retirada. En este día de gloria mediante el parte del Comandante de la batería el Coronel que era de Granaderos de Palafox, la condecora el General con el título de Artillera y sueldo de seis rs. diarios que ha cobrado en aquella Tesorería hasta fin de Diciembre último, pasando como tal la correspond^{te}. revista de Comisario, y haciendo las demás funciones de su destino.

Posteriorm^{te}. trabajó en esta batería y en las demás a donde cargaban los Franceses, como podrán informar los Comandantes de Artillería D^{na}. José López y D^{na}. Salvador de Osta; los Tenientes Coroneles D^{na}. Pedro Iriarte, Gobernador que ha sido del Castillo en el segundo Sitio, y D^{na}. José Gabriel Moscoso; el Mariscal de Campo el S^{or}. Butrón; y también los Excmos. S^{res}. D^{na}. Lorenzo Calbo, y D^{na}. Francisco Palafox, y esto mismo atestiguan las gacetas publicadas en Zaragoza, de las quales no ha podido conservar ninguna en medio de sus últimos infortunios.

La Exponente, Señor, no contenta de contribuir sólo a la defensa de las baterías, las ha dexado quando conocía no había riesgo, para auxiliar donde más era necesario con municiones, víveres y demás, visto lo qual por el General, la mandó presentarse en su casa, y la concede los dos escudos de honor con el lema: DEFENSORA DE ZARAGOZA Y RECOMPENSA DEL VALOR Y PATRIOTISMO, como se justifica con los dos despachos que ha podido conservar.

Constante siempre en su valor y entusiasmo patriótico, se tiene en Zarag^a hasta que segunda vez la sitían y atacan los Franceses.

Sería molestar demasiado la atención de V. M. si hubiera de referir todas sus acciones. Pregúntese, Señor, quién hizo los primeros fuegos de la batería de la puerta del Carmen para desbaratar las que los Franceses construían con el designio de batir aquella. Nadie ignora que la Artillera Zaragoza. Pregúntese cómo seportó en la batería el día 31 de Diciembre que no faltará aún en esta Ciudad quien será testigo de que el mismo General por su mano le dió la cinta de honor que usa, cuyo documento perdió siendo prisionera. Pregúntese quién se puso delante de nuestra tropa quando después de tener los Franceses tomado entre otros puntos el Convento de la Trinidad Descalza se trató de dexalojarlos saliendo por una de las troneras de la Misericordia y Puerta del Portillo, y no faltará quien diga que la vió avanzar la pri-

mera, y que sorprendida nuestra Tropa por la salida que el enemigo hizo por un portillo a la espalda del Convento fueron rechazados los nuestros y obligados a retroceder a toda prisa, y que no habiendo podido seguir la Zaragoza por la demasiada precipitación, viéndose ya casi a las manos de los Franceses, no le quedaba más arvitrio que tirarse al foso del cañón puesto en la Misericordia al frente de dho. Convento, de donde la sacaron sus compañeros los Artilleros, continuando después dentro de la Misericordia, proveyendo de cartuchos y piedras a los Combatientes antes de regresarse a la batería donde ya la creían perdida. Pregúntese, Señor, que hizo esta Artillera a los tres o cuatro días que se repitió la misma salida con el mismo objeto y no faltarán millares de personas que confiesen que no habiendo podido conseguirse a causa de hallarse parapetados los Franceses de sacos de arena ocultos dentro de la misma puerta del Convento, tuvieron que abandonar el proyecto con alguna pérdida de una y otra parte, y que deteniéndose la Zaragoza en medio de tanto peligro, quitó a un tambor francés la caja, cogió dos fusiles de los muertos, y lo presenta todo al Comandante de su batería, el referido Coronel que era de Granaderos de Palafox, quien habiendo dado parte de esta acción al General, ofreció S. E. a la Exponente su debido premio; pero esto no pudo tener lugar por la última desgracia de esta Ciudad, digna de llorarse con lágrimas de sangre.

En medio de todo, sólo la cruel peste de que fué acometida podía hacer desistir de su empeño de resistir a tan vil canalla.

Postrada en una cama puesta en el repuesto de un cañón, dentro del Convento de S^a. Agustín, oye la funesta noticia de rendición y de que se acercaban los Franceses; pónese en pie, consigue que la ayuden a vestir, y también a su hijo de cinco años que se hallaba en igual estado, quiere salir huyendo, cae en manos del enemigo, porque hubo quien dixo ÉSTA ES LA ARTILLERA, y la llevaron con otros muchos a la Casablanca. Estiéndese la voz entre los Comandantes franceses que la Artillera Zaragoza estaba prisionera, y se le presentan dos, cuya maldita lengua no entendió, y se dexa comprender por la caridad que después dispensaron. Ésta no fué otra que hacerla andar, sin consideración a su enfermedad, con todos los demás Prisioneros y su hijo, hasta que apiadado uno de éstos, el Ayudante de Artillería D^{na}. Pedro Bustamante, le cedió uno de los dos machos que llevaba, donde fué con su criatura hasta que en Caparroso le robaron el macho, ropa y dinero que llevaba. Imposibilitada ya de esta suerte y temiendo un golpe de algún bárbaro, se presenta al Comand^{te}. francés pidiéndole que la dejara, y no encuentra más apoyo que el permiso de continuar su camino sobre una carreta. Llega a Puente la Reina, y metiéndose entre los demás enfermos del Hospital, es aquí donde consigue que la olviden los Infames, y donde pudo desviarse hasta

llegar a Cervera de Aguilar, en cuyo Pueblo se restableció algún tanto con el socorro de algunas piadosas almas, a quienes conmovían sus desgracias.

Llegada a Olvega perdió a su hijo a la fuerza del contagio, fatiga del camino y falta de recursos para asistencia.

Se presenta en Teruel a aquella Junta y su Gobernador, Dⁿ. Luis Amat, pide pasaporte para el Ejército, y con él se presenta también a los Generales el S^r. Marq^s. de Lazzan y el S^r. Dⁿ. Joaquín Blake, quienes unánimes convinieron en concedérselo para presentarse a S. M.

Señor, en vista de estos y otros hechos de que no puede menos de gloriarse la Artillera Zaragoza con toda la nación, ¿qué no debe esperar de la generosidad con que V. M. sabe premiar el valor y patriotismo más acendrado? Interesa a V. M., interesa a la Nación, interesa a la Exponente, y en V. M. confía.=Sevilla 12 de Agosto de 1809.=Señor=A. L. R. P. de V. M.=Agustina Zaragoza=Rubricado.

Señor:

Atendidos los motivos que van expuestos anteriormente, y la necesidad en que me hallo por haberlo perdido todo siendo prisionera; suplico a V. M. se sirva concederme el sueldo de Capitán efectivo, librándome en su virtud el correspondiente despacho. Sevilla 26 de Agosto de 1809.=Señor=Agustina Zaragoza=Rubricado.

Al margen de este memorial, se lee:

S. M. concede sueldo y grado de Alférez de Infantería.=Fecho en 30 de Agosto de 1809.

Como sobre esta gloriosa mujer se ha escrito mucho con fantasía, veamos lo que dicen otros relatos.

La *Gaceta de Zaragoza*, en su número 67, correspondiente al día 26 de julio de 1808, se expresa así:

«Hasta las mujeres disputan por entrar en las baterías; una de éstas, viendo caer muerto un artillero días pasados, arrojándose a tomar el botafuego, sin que nadie pudiera contenerla, dió fuego al cañón con valor y destreza, habiendo sido tan útil en aquel puesto que no se echó de menos al artillero, cuyo puesto tan útilmente había desempeñado.»

En esencia, lo que dice el periódico de la inmortal ciudad, 22 días después de acaecer el suceso, es lo mismo que cuenta la interesada. Sin

embargo, en un documento que se exhibe en una vitrina del Museo del Ejército, y es una minuta extendida por el general Palafox, se dice:

«Al entrar en la batería observé a una joven de gallarda apariencia y talla elevada dando fuego a un cañón de a 24; y reconviniendo al Comandante Marco del Pont por haber permitido entrarse una mujer en la batería en contravención a las órdenes que tenía dadas, me respondió el Comandante enterándome de lo siguiente: esta mujer se llama Agustina Zaragoza, natural del Principado de Cataluña, pero residente en la ciudad desde hace tiempo; joven de unos 22 años y enlazada con conexiones con un Sargento de Artillería, con quien estaba concertado su matrimonio; servía éste bizarramente aquel cañón de a 24, y a la sazón una bala enemiga lo acierta y lo tiende en el suelo; llegaba la Agustina a traerle el refresco y no se le permitió la entrada, contentándose en contemplar a su amante desde la gola de la batería, verle caer y presentarse ella en el mismo sitio fué obra de un momento; arranca del cadáver el botafuego que tenía aún en la mano, llena de heroico entusiasmo dice: **AQUI ESTOY YO PARA VENGARTE**, agita el botafuego y lo aplica al cañón declarando que no se separaría del lado de su amado hasta perder ella también la vida. Todavía la encontró el General en este ejercicio gallardamente colocada al lado del cañón, participando con todos de tan singular sorpresa, en tal grado que en el acto la concedió el sueldo y la graduación de Sargento, las mismas distinciones y premios que tenía ganados su desgraciado amante.»

Parece obvio decir que el relato de Palafox, puesto en boca del comandante de la batería donde acaeció la hazaña, no se ajusta a la verdad: mal podía tener concertado su matrimonio estando ya casada. Además, Agustina no fué a la batería a llevar el refresco a un amante que no tenía. Estaba allí *sirviendo tacos y otras provisiones*, como ella misma lo dice al Rey. Tampoco residía en la ciudad desde *hace tiempo*. Clara y concretamente dice la heroína a Fernando VII que ella llegó a Zaragoza cuando la ciudad comenzaba a ser atacada por los franceses, saliendo de Barcelona a primeros de junio. Y así tuvo que ser, puesto que se encontró «en la primera escaramuza que padecieron los franceses desde Esparraguera al Bruch», que, como es sabido, acaeció el día 6 de junio. Tampoco tomó el botafuego de manos de un sargento. Allí no había sargento: mandaba un cabo «a falta de otro jefe». Ella dice: *Tomando un botafuego pasa por entre muertos y heridos para ir a disparar—descargar—el cañón de a 24*. Debió tomar el botafuego en la gola de la batería, donde estarían los repuestos, que, aun-

que escasos, no dejaría de haberlos, porque cuando pasa por entre los muertos y heridos ya lleva el botafuego, y el cabo a quien sustituye caería al lado de la pieza.

Por si estas inexactitudes fueran poco, don José Gómez Arteche, en su famosa *Historia de la Guerra de la Independencia*, al tratar de la heroína, de acuerdo con una nota autógrafa—según dice el historiador—que le remitió Palafox, dice:

«Agustina tenía de veinte a veinticinco años; era morena, de grandes y hermosos ojos; tenía una viveza sumamente agradable y un aire muy despejado. Amaba a un Sargento de Artillería, que murió en el momento de hacer fuego. Yo fui testigo de aquella escena en el momento que llegaba a la batería, que estaba cubierta de los cadáveres de más de 50 artilleros, tendidos en el suelo, presentando el espectáculo más desgarrador. La joven brillaba en todo su esplendor, aunque envuelta en humo, y me saludó con una desenvoltura igual al valor. En el instante en que terminó el combate, cogí las ginetas del Sargento muerto y las coloqué en los hombros de la amazona, que continuó después peleando en otras ocasiones, siempre exaltada y siempre guerrera. Bien merece algunas páginas de la historia, pues, aun cuando mujer nacida en el vulgo, se ha portado siempre como una heroína.»

Conjeturando sobre las frases del ilustre general Palafox, para no limitarnos a meros papirógrafos o descriptores de papeles, y para velar por la verdad y romper una lanza por el buen nombre de Agustina, diremos que si el general aragonés la premió—según la nota que dió a Gómez Arteche—con unas ginetas (14) de sargento, le adjudicó un amante; aunque es evidente que cuando Palafox dice: *Amaba a un sargento de artillería que murió en el momento de hacer fuego*, no cree que mancha el nombre de la heroína, porque la cree soltera.

Agustina Zaragoza fué una de aquellas mujeres que se distinguieron en la Guerra de la Independencia suministrando agua, víveres, municiones, o aliento y entusiasmo a los combatientes, y empuñando las armas cuando llegaba el caso. Era una mujer honesta que, como demuestra su partida de matrimonio, estaba casada, y tenía un hijo de su marido, que por aquellos días cumplía con su deber en Cataluña, según consta en su hoja de servicios. Todo ello denota una falta de información en Palafox.

(14) Ginetas eran las hombreras que llevaban los Sargentos para señalar esta graduación en la milicia.

En contra de lo que se lee en la Historia de Gómez Arteche, Palafox no presencié la hazaña de Agustina. La heroína dice al Rey: *En ese día de gloria, mediante el parte del comandante de la batería, la condecora el general con el título de artillera y el sueldo de seis reales diarios.* Si las cosas hubieran sucedido como dice la nota de Palafox, Agustina hubiera tenido desde aquel momento la categoría de sargento y no la de simple artillero con seis reales diarios. La prueba definitiva de que Palafox no presencié el disparo que encumbró a la Zaragoza, ni llegó a la batería por aquellos momentos, está en las palabras de Agustina: *Levantándose los pocos artilleros de la sorpresa en que yacían a vista de tan repentino azar, sostiene con ellos el fuego hasta que llega un refuerzo de otra batería.* Si Palafox hubiera estado allí, las cosas se hubieran desarrollado de otro modo, porque él no hubiera consentido que aquellos hombres se acobardaran por el fuego enemigo, aunque éste fuera intenso y mortífero.

Debido, quizá, a los informes de Gómez Arteche y otros historiadores, y al documento de Palafox que se conserva en el Museo del Ejército y es muy conocido, cuando se hizo la película «Agustina de Aragón», el autor del guión fué inducido a error y también presentó a la heroína como una mujer soltera.

Para completar la información sobre el célebre disparo que cubrió de gloria a la ARTILLERA, diremos que el cañón que hizo posible la hazaña era de los incluidos en la denominación de *piezas de ordenanza*. Esta clasificación comprendía:

- Cañones de a 24 y 16, y de 12 y 18, largos y cortos.
- Obuses de a 9, largos y cortos; de a 7, de a 6 ½, sin recámara, y de a 5, largos y cortos.
- Morteros cónicos de a 14, 12 y 7 (en pulgadas corrientes) y morteros de probar pólvora.

El calibre de los cañones se refería siempre al peso de la bala que arrojaban, expresado en libras; y el de los obuses y morteros se expresaba en pulgadas corrientes, no de Pie de Rey como en la Ordenanza de 1718.

Posteriormente a la Guerra de la Independencia, en el año 1861, se dispuso que el calibre de todas las piezas de artillería se expresase con el número de centímetros del diámetro de su ánima.

En el Museo del Ejército se conserva un cañón de a 24, señalado en el Catálogo del antiguo Museo de Artillería con el número 5.480, que

nos sirve para saber exactamente como era el que disparó Agustina de Aragón.

La expresada pieza pesa 6.600 libras; fué fabricado en la Fundición de Sevilla en el año 1785, con cobre procedente de Méjico. Su calibre, exactamente, es de 15,2 centímetros y la longitud del ánima, de 3,12 metros.

Si pocos héroes resisten, sin menoscabo de su fama, la investigación detallada de sus hazañas, AGUSTINA DE ARAGON es uno de ellos; y cuantos más detalles de su historia se conocen, más se destaca su valor heroico y se hace más gigante su figura.

España recibió el beneficio del comportamiento de aquella singular mujer, con el ejemplo que sembró en Zaragoza; porque al prender en toda la nación, siguiendo la ruta iniciada por los madrileños el glorioso DOS DE MAYO, todas las ciudades rivalizaron en patriotismo y fué posible la independencia de los españoles.

En su lucha contra los franceses, Agustina se enfrentó muchas veces con la adversidad; pero al defenderse de ella, no se defendía a sí misma, sino a los que habían de sucederla.

Como ha dicho un distinguido escritor (15), se puede sucumbir como en Simancas o en Santa María de la Cabeza, o salvarse como en el Alcázar de Toledo, pero eso es ajeno al temple y al esfuerzo de los actores que intervienen en la escena. Lo importante es la *voluntad de vencer*, oponiéndose a un destino que se presagia oscuro.

El heroísmo de la ciudad de Zaragoza llevó el fuego a los países del hielo e hizo posible que el *Capitán del Siglo* fuese vencido, porque el ejemplo es el más eficaz de los seductores.

El ejemplo es una lección que todo el mundo puede leer, y el que la aprende no va por caminos desusados: sigue las huellas de los que aciertan.

El verdadero valor de la conducta heroica de AGUSTINA DE ARAGON fué el *ejemplo*, y en tanto que el recuerdo se mantenga vivo, surtirá su efecto el ejemplo.

(15) JOAQUÍN CALVO SOTELO, en un artículo publicado en *A B C* de Madrid, titulado *Los sucesores de Carlsen*.